



La eucaristía luz y vida del nuevo milenio

Algunos desafíos actuales

OLGA CONSUELO VÉLEZ C.*

RESUMEN

A partir de la consideración de la eucaristía como “luz y vida del nuevo milenio”, el artículo señala algunos desafíos actuales para iluminarlos desde el misterio eucarístico. Se divide en tres partes, a saber: (1) La urgencia de no olvidar a los “últimos” de la historia comprometiéndonos con la construcción de un mundo equitativo y fraterno; (2) la vivencia real de la “comunidad” eucarística en diversos aspectos, tales como la recuperación del ser humano integral, la valoración de las culturas, el pluralismo religioso y la conciencia ecológica; y (3) el compromiso con el emerger de la mujer en la sociedad y en la Iglesia. No pretendo hacer una reflexión exhaustiva de cada uno de estos aspectos, pero sí afirmar la urgencia de hacer significativa la vivencia eucarística en la realidad actual.

Palabras claves: Eucaristía, pobres, comunión, mujer, paz.

Abstract

Starting from the consideration of the Eucharist as «light and life of the new millennium», this paper points out some present challenges to be illuminated from the Eucharistic Mystery. It has three parts: (1) The urgency of not forgetting the «last ones» of history, through an effort in building a just and

* Doctora en Teología, Pontificia Universidad Católica de Rio, Brasil. Directora de Licenciatura y Carrera de Teología, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana y directora (e) de la Licenciatura en Ciencias Religiosas Presencial en la misma universidad. Correo electrónico: ocvelez@javeriana.edu.co

fraternal world; (2) the real living of Eucharistic «communion» in different aspects such as, the recovery of the human being in its integrity, the appraisal of cultures, the religious pluralism and the ecological awareness; and (3) the engagement in the emergency of woman in society and in the Church. No intent is done to carry on an exhaustive reflection on each of these subjects, but it wants to stress the urgency of making significant the Eucharistic life in the present.

Key words: *Eucharist, poor, communion, woman, peace.*

El título de este artículo responde a varios acontecimientos que lo enmarcan. En primer lugar, el Año de la Eucaristía que se clausuró el pasado mes de octubre de 2005. En segundo lugar, estamos ya en el sexto año del nuevo milenio lo que lleva a preguntarnos por el legado recibido y por lo que estamos construyendo en el presente. Finalmente, la pregunta por los desafíos actuales surge como exigencia inherente a una vida cristiana que busca responder a los signos de los tiempos.

En realidad el título de este artículo, “La eucaristía como luz y vida del nuevo milenio”, corresponde al tema del 48 Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Guadalajara (10-17 de octubre 2004). Éste marcó el inicio del Año de la Eucaristía.¹ En esa ocasión el papa Juan Pablo II se dirigió a los participantes invitándoles a que la reflexión eucarística no sólo se centrara en considerar el misterio eucarístico en sí mismo sino también en relación con los problemas de nuestro tiempo. Este segundo aspecto es el que nos proponemos abordar aquí.

Retomando el tema del Congreso, el Papa afirmó que la eucaristía es “luz que abre los ojos” y “nueva vida para los que la celebran”. Esto fue lo

1. Dos acontecimientos enmarcaron el Año de la Eucaristía.: el *48 Congreso Eucarístico Internacional* (10 a 17 de octubre de 2004) en Guadalajara (México), y la *Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (2 a 29 de octubre de 2005), en el Vaticano, sobre el tema “La eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia”. Varias publicaciones acompañaron esa celebración: la encíclica *Ecclesia de eucharistia*, del 17 de abril de 2003, de Juan Pablo II, la carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, del 7 de octubre de 2004, de Juan Pablo II y la instrucción *Redemptionis sacramentum* sobre algunas cuestiones que se deben observar o evitar acerca de la santísima eucaristía, del 25 de marzo de 2004, de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos.



que le aconteció a los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35). La fracción del pan les abrió los ojos para reconocer al Señor y los puso en camino de una vida nueva. De la tristeza y de la huida del grupo, regresaron a él para anunciar lo sucedido y para construir la comunidad.

Deseamos que también “se nos abran los ojos a la luz de la eucaristía” para acercarnos a “algunos desafíos actuales” y generar “nueva vida en esas realidades”. Nuestras eucaristías tienen que celebrar la presencia real del Resucitado en la historia. Limitarla tan sólo a la presencia sacramental es traicionar “el plan de la revelación que se realiza en hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas. Pero la verdad íntima acerca de Dios y de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda revelación” (DV No. 2).

Porque Dios se revela en la historia la preocupación por responder a los desafíos actuales es exigencia también de la constitución pastoral *Gaudium et Spes*: “... pesa sobre la Iglesia el deber permanente de escrutar los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes humanos” (GS 4).

Este deber ha marcado nuestro caminar eclesial y hoy es impensable una Iglesia de espaldas al mundo. Sin embargo, es una tarea que debemos recrear continuamente para vivir al ritmo de los tiempos modernos. Esto no quiere decir, “acomodarnos” a cada momento presente sino ser capaces de salir al encuentro de las situaciones y decir una palabra de sentido en este mundo rápido y cambiante en el que vivimos.

¿Qué tendencias y desafíos plantea nuestro mundo actual? ¿Cómo los ilumina el misterio eucarístico? No pretendemos señalar todos los desafíos ni mucho menos tratarlos desde una especialista en eucaristía. Son ante todo reflexiones de una creyente, que busca que la reflexión teológica camine al “ritmo de los tiempos”, como señalé antes.

Tres aspectos ocuparán principalmente esta reflexión: (1) La urgencia de no olvidar a los “últimos” de la historia, comprometiéndonos con la construcción de un mundo equitativo y fraterno; (2) la vivencia real de la



“comunión” eucarística en diversos aspectos que hoy nos tocan especialmente; y (3) el compromiso con el emerger de la mujer en la sociedad y en la Iglesia. Este último aspecto es, sobre todo, una reflexión sobre la relación que el mismo Juan Pablo II hace entre la eucaristía y la Virgen María en la encíclica *Ecclesia de eucharistia*. Allí el Papa invita a entrar en la escuela de María “eucarística” para adentrarnos en este misterio:

Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y eucaristía, no podemos olvidar a María, madre y modelo de la Iglesia (...) María puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él. (No. 53)

LA EUCARISTÍA COMO SIGNO Y REALIZACIÓN DE UN MUNDO EQUITATIVO Y FRATERO

Muchas reflexiones pueden hacerse al considerar el misterio eucarístico. Pero es innegable la relación indisoluble que tiene la “fracción del pan” con la promoción de la justicia: “La acción litúrgica debe proseguir bajo la forma de compartir el pan, que consiste en promover la justicia, luchar contra el hambre en el mundo, liberar a los oprimidos de todo mal.” (Leon-Dufour, 1983: 368)

En este sentido, la carta apostólica *Mane nobiscum Domine* señala en el No. 28 que la autenticidad de la participación en la eucaristía celebrada en la comunidad implica *un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna*. En las actuales condiciones socioeconómicas que viven tantos pueblos, incluido nuestro continente latinoamericano, estas palabras no significan otra cosa que el compromiso decidido por construir un mundo equitativo donde “ninguno de los creyentes pase necesidad” (Hch 4, 34).

En otras palabras, la opción preferencial por los pobres, “por los últimos”, como dice la carta, continúa vigente y urge responder al designio divino de salvación que hace de los “pobres” los primeros en el Reino de los cielos. Y continúa el documento:

¿Por qué, pues, no hacer de este *Año de la Eucaristía* un tiempo en que las comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan especialmente a afrontar con generosidad fraterna alguna de las múltiples pobrezas de nuestro mundo? Pienso en el drama del hambre que atormenta a cientos de millones de seres humanos, en las enfermedades que flagelan a los países en desarrollo, en la soledad de los ancianos, la desazón de los parados (desempleados), el trasiego



de los emigrantes. Se trata de males que, si bien en diversa medida, afectan también a las regiones más opulentas. No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cfr. Jn 13,35; Mt 25,31-46). En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas.

Las situaciones descritas en la misma carta nos recuerdan ese problema antiguo pero siempre actual que nos aqueja. Cabe aquí la correcta interpretación del pasaje de Mt 26, 11 (“porque siempre tendrán pobres entre ustedes...”) que muchas veces ha llevado a pensar que no tenemos que preocuparnos de esa realidad. Por el contrario, el texto confirma que siempre debemos tener la actitud de apertura, acogida y ayuda efectiva hacia los más necesitados de cada momento histórico.

Y ¿cómo están hoy los pobres? Ya no son sólo pobres sino empobrecidos por las estructuras injustas, excluidos de este sistema económico hegemónico neoliberal que favorece la competencia y, en gran medida, sólo el triunfo de los más fuertes. El pasaje de Lázaro también puede iluminar la situación que viven hoy estos excluidos de la historia: “Había un hombre rico (...) junto a su puerta estaba tendido un pobre...” (Lc 16,19.20). Pero, al contrario de Lázaro, los pobres hoy son anónimos, desechables en una historia que escapa de sus manos y los excluye de ella.

En nuestra realidad colombiana los pobres también asumen el rostro concreto de los desplazados. No sólo no tienen con que vivir, sino que se ven forzados a huir de la tierra que los vio nacer. Ex 22, 26 ilumina la situación alarmante en que hoy se encuentran los pobres y nos invita a hacer estas preguntas: ¿Dónde van a dormir los pobres en este mundo que se está generando? ¿Qué será de los preferidos de Dios en este tiempo en que vivimos?²

La celebración eucarística no puede renunciar a estar comprometida con la transformación de la historia y, en discernimiento constante, denunciar este sistema injusto que excluye a inmensas mayorías. Debe buscar y favorecer todas las alternativas posibles para incluir a los más desfavorecidos. No podemos situarnos fuera de estos desafíos sociales y, mucho menos,

2. El texto del Éxodo corresponde a las prescripciones que Moisés recibe de Yahveh para ser transmitidas al pueblo y se refiere a la preocupación sobre dónde dormirán aquellos que no tienen con qué cubrirse (cfr. Gutiérrez, 1996: 116; 2002).



caer en la tentación de no ver ninguna salida o renunciar al sueño de *otro mundo posible*.³

La eucaristía que en Juan está prefigurada en el pasaje del lavatorio de los pies (Jn 13,1-20) debe enriquecernos con esa actitud de servicio hacia “los últimos” de la sociedad. Pero ha de ser el servicio cualificado de quien desoculta el cinismo histórico y la injusticia inhumana del *homo economicus neoliberal* que no considera a los pobres *sujetos* de la historia sino *mercadería* que sólo sirve si produce ganancia o que se desprecia y excluye si no conlleva obtención de lucro económico.

La eucaristía, presencia real del Señor entre nosotros, ha de encarnar el dinamismo del Reino de Dios, que exige articular el deseo de plenitud escatológica con las pequeñas conquistas históricas; ha de articular el deseo de abundancia con los límites establecidos por la escasez de recursos económicos, el deseo de un mundo reconciliado y justo con las luchas concretas por los derechos ciudadanos, el deseo de la humanidad respetada en su diversidad con la afirmación concreta de las identidades negadas.

En este horizonte resuenan nuevamente las palabras de Pablo, de que no es lícita una celebración eucarística en la cual no brille la caridad, corroborada con el hecho de compartir efectivamente los bienes con los más pobres:

Siguiendo con mis advertencias, no los puedo alabar porque sus reuniones les hacen más mal que bien (...) De manera que su reunión ya no es la cena del Señor, pues cada uno se adelanta a tomar su propia comida, y mientras uno pasa hambre otro se embriaga... (Cfr. 1 Co 11,17-22.27-34)

Cuando las utopías de ese mundo más equitativo parecen estar sucumbiendo, cuando se está perdiendo “el ardor” que se vivió –con todas sus luces y sombras– en los años del surgimiento y consolidación de la teología de la liberación, la eucaristía hoy debe ser esa luz que nos abra los ojos a la realidad de los pobres y nos ayude a construir la vida nueva de la equidad y fraternidad que surge del partir el pan con “los últimos de la historia”.

3. Lema del Foro Social Mundial. Se han celebrado cinco foros. Cuatro en Porto Alegre, Brasil (2001, 2002, 2003 y 2005) y uno en Mumbai, India (2004).



LA EUCARISTÍA COMO SIGNO DE “AUTÉNTICA” COMUNIÓN

La eucaristía es misterio de comunión con la vida divina.

En el misterio eucarístico Jesús edifica la Iglesia como comunión, según el supremo modelo expresado en la *oración sacerdotal*: “Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado.” (Jn 17,21). (Carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, No. 20)

Este ser “uno” que el misterio eucarístico realiza se encuentra confrontado en cada tiempo con los desafíos de cada presente. La comunión no es algo realizado de una vez para siempre. Es una tarea a conquistar toda la vida. Por eso añadimos el calificativo de “auténtica”. Sabemos que la autenticidad no es “una posesión pura, serena, segura. Siempre es un apartarse de la inautenticidad y todo apartarse que tenga éxito sólo descubre la necesidad de seguir apartándose de ella” (Lonerган, 1972: 111).

La comunión que surge de la unidad no significa uniformidad. Es unidad de significaciones y valores en el corazón de la pluralidad de personas, culturas y necesidades. Así lo expresaba la primera comunidad. “La multitud de los fieles tenía un solo corazón y una sola alma.” (Hch 4, 32). “Todos los creyentes vivían unidos y compartían todo cuanto tenían. Vendían sus bienes y propiedades y se repartían de acuerdo a lo que cada uno de ellos necesitaba.” (Hch 2, 44-45)

Las preguntas que queremos hacer son: ¿Por dónde pasa esta unidad en los tiempos actuales? ¿Qué elementos deben entrar en la vivencia de la comunión para que ésta sea cada día más auténtica? Es lo que intentaremos señalar sin pretender agotar las posibles realidades que podrían evocarse. Nos referiremos a algunas más significativas: el sujeto integral que realiza la comunión, la valoración de las culturas, la aceptación del pluralismo religioso y el despertar de la conciencia ecológica.

Recuperación del ser humano integral

Hoy es un signo de los tiempos la recuperación del ser humano integral. Así expresa un teólogo español-brasileño las parcialidades con las que nos hemos encontrado:

En nombre de la prioridad concedida a la razón hemos descuidado gravemente la importancia de la afectividad, de la intuición, de la fantasía, del simbolismo. O entonces, en nombre de la importancia concedida a la afectividad, la dimensión

racional queda peligrosamente abandonada, perdiéndose la persona en el inmediatismo de las respuestas provenientes de la emoción o del sentimiento. En nombre del valor concedido al alma, bien sabemos cómo ha sido despreciado el cuerpo en cierto tipo de ascética. O por el contrario, resaltar el valor del cuerpo ha sido frecuentemente acompañado del descuido de la dimensión espiritual. Lo mismo puede ser afirmado de la polaridad entre lo individual y lo social, el mundo de la persona y el de las estructuras, interiorización y apertura, comunitario y político, masculino y femenino, privado y público, social y ecológico, teoría y práctica, quien piensa y quien actúa y así sucesivamente. (García, 1997: 234-235)

La comunión a la que estamos llamados debe estar constituida por sujetos considerados integralmente. La recuperación del mundo afectivo, del "corazón", es indispensable para una vivencia espiritual integral. Hemos negado mucha expresividad, mucho "color", "sabor" y "sentimiento" a la experiencia religiosa. Los místicos nos dan una gran lección sobre ello. Su experiencia afectiva es evidente y abre caminos para otros. No se pueden olvidar los riesgos y peligros que un sentimentalismo conlleva.

Pero esto no puede impedir que se continúe favoreciendo una celebración eucarística que rompa con la frialdad y formalismo cultural y exprese la riqueza de lo que somos y sentimos. De la mano de tal aspecto, como otra dimensión del ser humano, está la urgencia de saber "dar razón de nuestra fe": no en el sentido de una especulación teórica, sino de una "alfabetización" teológica a la que todos tenemos derecho.

La integralidad entre cuerpo y alma también es un desafío actual. Muchos esfuerzos se han hecho por valorar el cuerpo. No "tenemos" cuerpo; "somos" cuerpo, y esto implica realizar la comunión con esta mirada positiva sobre nuestro cuerpo y con la participación plena de él en el misterio que celebramos. Hoy se habla de tomar en cuenta las posturas corporales para favorecer la experiencia de oración. Introducir esta integralidad en la celebración eucarística podría llevar a recrear los gestos corporales que vivimos en ella sin necesidad de mantener los gestos por conservar simplemente la dimensión de lo sagrado. Debe ser, ante todo, para participar de manera "encarnada" en el culto que realizamos en este espacio-tiempo.

Todas las otras polaridades arriba señaladas deben ser expresadas también en la eucaristía, en especial, la integración de lo público y lo privado, de lo espiritual y lo social, del culto y la ética. "Este es el culto que agrada al Señor: que compartas tu pan con el hambriento..." (Cfr. Is. 58, 7)



La comunión auténtica que debe promover la eucaristía supone descubrirnos como sujetos en relación con los otros, llamados a formar comunidad, capaces de ser y actuar, dispuestos a mantener la integralidad de todo lo que somos como sujetos abiertos a todas las dimensiones que tenemos: con Dios, con los otros y con la naturaleza.

¡Que la luz de la eucaristía nos abra los ojos a la recuperación del ser humano integral para que la comunión sea más auténtica y la vida nueva surja desde la integralidad de cada ser humano!

123

Valoración de las culturas

Asistimos hoy a un cambio en la concepción de la cultura. De entender la cultura como única y normativa para todas las personas de todos los tiempos estamos pasando a un reconocimiento de las culturas empíricas entendidas como el conjunto de significaciones y valores que informan la vida de un grupo humano (Lonergan, 1972: 9). Ello no es nuevo para la vivencia eclesial y por eso se habla desde hace mucho de la inculturación de la fe. Sin embargo, la nueva concepción de cultura nos está exigiendo mucho más.

El término inculturación empieza a resultar insuficiente. Es decir, valorar realmente todas las culturas implica no dejar que ninguna se imponga como verdadera y supeditar las otras a ella. Lo que se cuestiona del término inculturación es que se confunda el mensaje cristiano con la cultura occidental en la que durante siglos se ha expresado. Se quiere que se realice un verdadero diálogo intercultural en la que ninguna cultura se sienta por encima de la otra y ésta sea la base para la construcción de la unidad.

Este diálogo supone aceptar que todas las culturas tienen elementos valiosos y todas, a su vez, están abiertas a crecer, desarrollarse y a modificarse si es necesario. Sólo en este horizonte será posible un diálogo de iguales en el que se reconozcan las diferencias, se valoren y se acepten y, al mismo tiempo, se enriquezcan mutuamente y modifiquen sus modos de ver, sentir y valorar la realidad.

La comunión eucarística debe tomar en serio la pluralidad de las culturas, confrontarse seriamente con la matriz cultural en la que se mueve y ponerse en actitud de diálogo y apertura para realizar una verdadera transformación intercultural. Los desafíos que se desprenden de esa actitud

OLGA CONSUELO VÉLEZ C.



son enormes. Sin embargo, la comunión que surge de la valoración real y efectiva de todas las culturas es verdaderamente cristiana.

¡Que la luz de la eucaristía nos abra los ojos para engendrar la vida nueva que surge de la polifonía de todas las culturas!

124

Aceptación del pluralismo religioso

Vaticano II abrió las puertas al diálogo ecuménico y es una urgencia de nuestros tiempos establecer el diálogo interreligioso. Juan Pablo II hizo gestos proféticos en este sentido, al reunirse a rezar por la paz con líderes de otras iglesias, y Benedicto XVI ya se ha pronunciado en favor de continuar este camino.

En realidad estamos viviendo en un mundo pluricultural, como ya anotamos, y en un mundo plurirreligioso. La comunión eucarística debe llevarnos a esa actitud abierta de diálogo con las otras experiencias religiosas para realizar, cada vez más plenamente, esta comunión.

Dicho diálogo ha de hacerse desde la profundización de la propia identidad, pero en el horizonte de una apertura real a las contribuciones de las nuevas experiencias de sentido, de las confesiones cristianas y de las otras religiones; o como dice el No. 21 de la carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, es necesario cultivar una “espiritualidad de comunión” que nos mueve a sentimientos recíprocos de “apertura, afecto, comprensión y perdón”. Sólo esa actitud hace de “la eucaristía fuente de la unidad eclesial y, a su vez, su máxima manifestación”, en otras palabras, “epifanía de comunión” (Cfr. No. 21)

Nunca como ahora la diversidad de las experiencias religiosas deben ser testimonio y posibilidad de articulación de la diferencia, para contrarrestar las *guerras religiosas* que han hecho derramar tanta sangre en nuestra historia y que hoy nuevamente se levantan como una amenaza real.

¡Que la luz de la eucaristía nos abra los ojos al reconocimiento de las semillas del Verbo presentes en todas las experiencias religiosas y surja la nueva vida de la comunión religiosa!

Despertar de la conciencia ecológica

La polución creciente del planeta, la crisis de la ciencia, la conciencia cada vez mayor del desarraigo del ser humano en relación con el cosmos, entre



otros factores, está llevando actualmente al despertar de la conciencia ecológica.

Hoy, en lo cotidiano, se revaloriza lo que es *natural*: alimentación, ritmo de vida, condiciones de parto, muebles y material doméstico (...). Se configura una *vuelta ecológica*: el ser humano vuelve a sentirse parte de la naturaleza y en comunión con ella. (Libanio y Murad, 1996: 267)

Esos hechos cuestionan la racionalidad instrumental puesta como criterio único de conocimiento válido y como creadora de la poderosa tecnología actual. Denuncian el uso irracional, destructor y depredador que el ser humano ha hecho de la naturaleza.

La deshumanización, denunciada por la teología de la liberación, en las relaciones económicas y sociopolíticas y presente igualmente en las relaciones que marginan a la mujer, al negro, a algunas culturas y algunos pueblos está, de esta manera, en la raíz de la crisis ecológica actual. (García Rubio, 1997: 251)

El texto del Génesis –“Llenen la tierra y sométanla” (Gn 1, 28)– contribuyó, en cierta medida, a generar una actitud de dominio sobre la naturaleza y a no verla como un elemento también llamado a la plenitud de la salvación (cfr. Rm 8, 21). En estos tiempos se ha hecho evidente la necesidad de recuperar una integración fecunda con el cosmos, que no significa identificación con él o con el tan temido *panteísmo* de los primeros siglos del cristianismo, pero sí vivir el ser-en-el-mundo como algo constitutivo y esencial para la plena realización de todo lo humano. Trabajar por un cuidado de la naturaleza, por despertar una conciencia ecológica, por asegurar el futuro de los recursos naturales es deber de una experiencia de comunión que busca responder a los signos de los tiempos.

En realidad el *grito de la Tierra* se ha entendido en continuidad del grito de los excluidos. La madre Tierra también es explotada y dominada por un sistema que sólo busca lucro económico. Comprometerse con una verdadera comunión cósmica es signo y concreción de una liberación integral del ser humano y de su mundo.

La reciente catástrofe del huracán Katrina en Nueva Orleans está cuestionando profundamente la falta de compromiso con el cuidado de los recursos naturales y la destrucción real que estamos haciendo del planeta Tierra.⁴

4. Valga la pena recordar la denuncia que se está haciendo de los desvíos de recursos económicos hacia la guerra, en lugar de atender a la prevención de dichos desastres. Recursos económicos existen; el problema es el uso que se hace de ellos.



La comunión eucarística debe favorecer esta comunión integral con el cosmos, máxime cuando sus símbolos centrales son “fruto del trabajo del hombre”, como decimos en la misa.

¡Que la luz de la eucaristía abra nuestros ojos a la comunión cósmica para engendrar la nueva vida que supone no sólo el ser humano sino el hogar donde vive!

LA EUCARISTÍA COMO SIGNO DE COMPROMISO CON EL EMERGER DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD Y EN LA IGLESIA

Como ya dijimos, Juan Pablo II invita a entrar en la escuela de María “eucarística” para comprender a fondo este misterio. Y tiene toda la razón. La encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (53-58) nos dice que María –quien estuvo presente en la primera comunidad reunida después de la Ascensión, en espera de Pentecostés (Hch 1, 14)– no podía faltar en las celebraciones eucarísticas de los fieles de la primera generación cristiana.

Más aún, no sólo es importante esa presencia sino aprender de ella las actitudes que nos permitirán vivir a fondo este misterio de comunión profunda a la que estamos llamados. Ella nos invita a “hacer lo que él nos diga” (Jn 2, 5), palabras que –referidas al misterio eucarístico– nos remiten al “hagan esto en memoria mía” de la última cena.

Además, María nos muestra cómo vivir la fe eucarística mucho antes de celebrarla en este misterio. Su “sí” para colaborar con la encarnación del Verbo prefigura el sí que cada creyente pronuncia al recibir la eucaristía. Y la exclamación de Isabel –“Feliz tú porque has creído” (Lc 1, 45)– muestra a María capaz de ser sagrario vivo de Jesús para el mundo. Ella asume en sí los dolores de su presente histórico al compartir la suerte de su Hijo, “señal de contradicción” (Lc 2, 22) y muerto por nuestros pecados. María permanece firme al pie de la cruz y recibe la herencia que le entrega su Hijo: “He aquí a tu hijo.” (Jn 19, 26)

Finalmente, el *Magnificat* se erige como ese canto de alabanza que es la eucaristía y que expresa la espiritualidad de María: toda ella un *Magnificat*. En este sentido, María nos invita a que la luz de la eucaristía nos engendre a la vida nueva, que surge de propiciar un nuevo orden de relaciones genéricas que permita la comunión auténtica de todos los miembros del pueblo de Dios.



Ese nuevo orden de relaciones genéricas aparece hoy como un signo de los tiempos al cual hay que prestar atención. No sin contradicciones, críticas, temores y desconocimientos, la situación de la mujer ha cambiado y nos enfrentamos a un nuevo paradigma que no es fácil de vivir. La misma imagen de María ha sufrido profundas transformaciones en este nuevo horizonte. De la sumisión, recato y aceptación total al designio divino, pasamos a valorar esta figura proactiva de María que es “maestra” y que nos permite aprender de ella la vida eucarística.

Esa figura más protagonista es también herencia de la teología de la liberación que acercó a María a la situación real de las mujeres doblemente oprimidas, en razón de su condición socioeconómica y su sexo, y lideró una actitud de denuncia y anuncio de una nueva situación.

El documento de Puebla (1979) permite acercarnos a la realidad de la mujer, que no ha cambiado sustancialmente en los últimos tiempos. Ahí se reconoce su condición de doblemente oprimida y marginada (1135, nota 2). Aunque no se identifican las causas, principalmente ligadas al orden patriarcal actual, en Puebla se reconoce que una de las situaciones que sobrecarga la injusticia contra las mujeres es la doble jornada (837). También que las mujeres están en desventaja particular frente a los hombres (machismo, salarios desiguales, educación deficiente, utilización sexual, etc.), lo que –añadido a la doble jornada y a la división del trabajo social por sexos– provoca su ausencia casi total de la vida política, económica y cultural (834).

Igualmente, la mujer es explotada y su cuerpo tratado como objeto de consumo (835). La mujer es también blanco de campañas neo-colonialistas de esterilización (577) impuestas por los países poderosos, carece de muchos derechos en el ámbito laboral (836); las empleadas domésticas carecen de todos los derechos (838), etc. Importante para resaltar es el dato de que la Iglesia reconoce su omisión en la lucha por reivindicar los derechos de la mujer (839).

Puebla señala también el papel fundamental de la mujer como *madre, defensora de la vida y educadora del hogar* (846). Este aspecto no hay que olvidarlo. Sin embargo, se debe tener cuidado de no reducir el aporte de la mujer a ello e impedir así una verdadera promoción femenina en todos los campos.



Puebla subraya la necesidad de la organización de las mujeres para exigir el respeto a sus derechos (836). Incluso considera que *el resurgimiento de las organizaciones femeninas que trabajan por lograr la promoción e incorporación de la mujer en todos los ámbitos* es un signo positivo que debe destacarse (840).

La teología feminista de género ha mostrado como la sororidad –fraternidad entre las mujeres– se constituye en una trasgresión para el orden patriarcal establecido. No hay que olvidar que son las mismas mujeres las que favorecen la situación de discriminación al no tener conciencia de ella o al no querer perder los privilegios que dicha situación engendra –por paradójico que parezca–, o al no organizarse para empoderarse de lo que justamente les pertenece.

Otros números de Puebla se refieren a la situación de la mujer en forma positiva. En los número 848 y 849 la mujer no sólo es objeto de atención de la Iglesia sino también sujeto de su propio devenir. En el 840 se destaca el creciente ingreso de la mujer en las tareas de construcción de la sociedad. Su aporte es insustituible e indispensable para garantizar la humanización de los procesos transformadores (1219).

Respecto de la evangelización, Puebla reconoce que la Iglesia ha infravalorado a las mujeres y ha provocado *una escasa participación suya a nivel de las iniciativas pastorales* (839). Sin embargo, señala que la mujer debe contribuir eficazmente en la misión de la Iglesia, no como recurso supletorio de la jerarquía sino como sujeto de pleno derecho y como parte de la comunidad eclesial, tanto a nivel de coordinación pastoral como en la toma de decisiones, en la planificación y coordinación de las tareas (845). Puebla propone *la posibilidad de confiar a las mujeres ministerios no ordenados* (845).

El aporte de Puebla sobre la plena dignidad de la mujer en su derecho inalienable como persona humana a ser cocreadora con Dios (841) deslegitima toda subordinación, atropello u opresión de la mujer respecto del hombre.

Finalmente, cabe destacar que se puede aplicar legítimamente a las mujeres la denuncia fundamental que Puebla hace sobre la escandalosa situación de injusticia frente al ser cristiano de la mayoría del pueblo latinoamericano (28, 437). Es un escándalo y una contradicción mantener esquemas



asimétricos generadores de injusticias sociales contra las mujeres. Esa situación merece una conversión definitiva. Urge hacer realidad lo que expresaba el apóstol Pablo: que “no haya diferencia entre quién es judío y quién es griego, entre quién es esclavo y quién es hombre libre, entre hombre y mujer. Pues todos somos uno solo en Cristo Jesús» (Gl 3, 28).

La denuncia de la subordinación socioeconómica de la mujer hoy está articulada en lo que se ha llamado cuestiones de género. Esta categoría de análisis permite replantear las identidades masculinas y femeninas, no con el ánimo de borrar identidades sino de hacerlas plenas y enriquecerlas.

Que somos hombre y mujer y que la condición sexual nos constituye es un hecho, pero también es cierto que somos seres construidos culturalmente y, en la medida en que tomamos conciencia de las posibilidades y límites de esos condicionamientos culturales, podemos enriquecer nuestras identidades y propiciar nuevas relaciones genéricas.

La revisión de nuestras construcciones culturales se impone porque durante siglos la mujer ha sido sometida a una condición subordinada y a una dominación masculina en muchos ámbitos de la vida social y personal. Recuperar la dignidad y las posibilidades para todas las mujeres en todos los estamentos, no sólo es un deber de justicia sino un imperativo evangélico. Reclama, entonces, que a la mujer se la trate como verdadero *sujeto*, protagonista de su historia, y se rompa así la hegemonía de la visión patriarcal y androcéntrica presente en nuestra sociedad.

Otro aspecto a tener en cuenta es que el análisis de género no afecta sólo a las mujeres. Implica también a los hombres, porque es preciso que ambos géneros discernan sobre sus roles culturales y los modifiquen para buscar una mayor equidad genérica.

Aprender de María eucarística no puede pasar por alto esta reflexión feminista de género que permite a la mujer estar presente como sujeto pleno de derechos y deberes y como coparticipe del designio salvador de Dios.

¡Que la luz de la eucaristía sea capaz de romper todo esquema patriarcal y androcéntrico que genera subordinación de la mujer para que surja la nueva vida de unas nuevas relaciones genéricas que permitan un nuevo orden mundial!



CONCLUSIÓN

La reflexión hecha hasta aquí sólo pretendía ser una toma de conciencia de cómo las cuestiones actuales deben acompañar nuestra experiencia eucarística, si queremos que ella sea significativa para los hombres y mujeres de hoy. Su pertinencia, vitalidad y eficacia está sin duda en la presencia real del señor Jesús en medio de la comunidad, pero ésta no es separable de la respuesta y actualidad que implique.

Finalmente, cabe anotar que en la situación que vive nuestro país es imposible pensar la eucaristía sin referencia a la tan anhelada paz. La eucaristía ha de ser “una gran escuela de paz, donde se forman hombres y mujeres que, en los diversos ámbitos de responsabilidad de la vida social, cultural y política, sean artesanos de diálogo y comunión” (carta apostólica *Mane nobiscum Domine* No. 27).

En este aspecto necesitamos que la eucaristía sea luz que abra nuestros ojos a la búsqueda de la paz por las vías del diálogo, la reconciliación y la reparación de los efectos nocivos de la guerra. No podemos seguir apostándole al triunfo de las armas o al destino de la mayoría de los recursos a la aparente seguridad democrática.

Esa es la tendencia mundial y Colombia puede convertirse en un pequeño reproductor de esa hegemonía de la “gran” potencia. ¿Podremos creer en la eficacia de la fracción del pan, de la vida que se parte y se reparte, de los medios verdaderamente humanos para construir una sociedad en paz? Este es el desafío que nos tiene que dejar el Año de la Eucaristía.

¡Ojalá que no haya sido un año para reflexionar sobre el tema de la eucaristía sino para “vivir” con nueva “luz” el misterio de comunión al que estamos llamados!

BIBLIOGRAFÍA

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Instrucción Redemptionis Sacramentum sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la santísima eucaristía*, 25 de marzo de 2004.

GARCÍA RUBIO, ALFONSO, “*Prática da teologia em novos paradigmas. Adequação aos tempos atuais*”, en WAA, *Teologia aberta ao futuro*, Loyola, São Paulo, 1997.



GUTIÉRREZ, G., "Una teología de la liberación en el contexto del tercer milenio", en VV AA, *El futuro de la reflexión teológica en América Latina*, CELAM, Bogotá, 1996.

GUTIÉRREZ, G., *¿Dónde dormirán los pobres?* Instituto Bartolomé de las Casas/Cep, Lima, 2002.

III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Puebla. La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, 9a. edición, Trípode, Caracas, 1979.

JUAN PABLO II, *Carta apostólica Mane nobiscum Domine*, 7 octubre de 2004.

JUAN PABLO II, *Encíclica Ecclesia de eucaristía*, 17 abril 2003.

LEON-DUFOUR, XAVIER, *La fracción del pan. Culto y existencia en el Nuevo Testamento*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1983.

LIBANIO, J.B. Y MURAD, A., *Introdução à Teologia. Perfil, Enfoques, Tarefas*, Loyola, São Paulo, 1996.

LONERGAN, BERNARD, *Método en Teología*, Sígueme, Salamanca, 1972.

